



www.loqueleo.com/ec

© 2015, María Cristina Aparicio

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-439-8

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Junio 2016

Tercera impresión en Santillana Ecuador: Mayo 2018

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Diseño de cubierta: Juan Manuel Bernal

Actividades: Lucrecia Maldonado

Diagramación (cuaderno de análisis): Ramiro Jiménez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

MARÍA CRISTINA APARICIO

Muestra
prohibida
u
er
ta
© Santillana

MIL NOVECIENTAS CUATRO VACAS

loqueleto

Índice



La mirada de Toti	9
El matarife	13
Sobre madres e hijos	23
El universo de Ígor	31
Luz Elena conoce a Ígor. Ígor conoce a Luz Elena	47
La furia de Nicolás	55
Cambio de domicilio	63
Gemita y Edgar Allan, el gato	77
La abuela Josefa	83
La estupidez de María Josefa	95
Los malos tiempos de Ígor y de Luz Elena	101
La ruleta rusa	109
Nuevos comienzos	115
Muerte y vida	121
Cuaderno de análisis	123



El mayor problema de Toti ha sido siempre su mirada; esa mirada altanera y desafiante que le ha ganado enemistades, expulsiones y más de cuatro cachetadas. Es sencillamente una mirada y, aunque no hay ninguna ley contra las miradas, la gente se toma muy en serio la suya. Como si en los ojos de Toti encontraran verdades que no les gustase reconocer.

Ahí está, por ejemplo, la fotografía de cuando hizo la primera comunión hace seis o siete años. Vestido blanco, coronita de flores en la cabeza y su típica mirada insolente y de disgusto que acompaña con brazos cruzados, labios fruncidos y, bien en alto, la nariz respingada que heredó de la familia de su padre.

¿Qué le molestó tanto ese día? No lo podía explicar entonces porque era niña. Ahora sabe que no soportaba ver a su madre humillarse, intentando que el apartamento luciera perfecto para agradar a las tías del lado paterno, a quienes jamás se les habría ocurrido visitarla. Pero se trataba de la primera comunión de la pequeña y tuvieron que confirmar su presencia.

Pensando en esas invitadas, la madre se endeudó en un juego de sala y en una pintura que compró en la feria de *hippies* del parque; una pintura de montañas que, en lugar de verdes, eran moradas, azules y naranjas. Creyó que ese cuadro haría que su casa luciese elegante y moderna. Sin embargo, hasta la hija pudo notar que la obra gritaba —más bien chillaba— que era una burda imitación sin alma. Toti sintió pena por su madre y la miró con cariño.

10 —Hola, María Josefa. Qué hermosa estás. Como un angelito.

Las tías entraron. Vieron la pintura nueva en la sala y, por sus gestos retorcidos, la niña intuyó lo que opinaban de su madre y no decían: que el hecho de haber engatusado al hermano y engendrado dos hijos con él no le había quitado la ridiculez y el mal gusto a esa mujer.

Si hubiese sido por ella, Toti se les habría lanzado encima para clavarles los dientes hasta verlas sangrar. Pero, como le habían enseñado a golpes que un comportamiento así de sincero era inaceptable, no le quedó más que atacar a aquellas bestias con la mirada. Y no soltó a sus presas hasta que se sintieron incómodas. Trataron de colmarla con elogios hipócritas, le entregaron sus regalos y le prometieron más. Toti no aflojó. A las tías ni siquiera les pasó el pastel por la garganta. Se fueron pronto luego de explicar que tenían dolor de cabeza; un dolor que era real, provocado por aquella mirada en donde se vieron reflejadas como un trío de diablos deformes.

Podría parecer exageración todo esto, pero bastará con decir que únicamente por culpa de una de sus mira-

das Toti había tenido que irse de su casa. Ocurrió más o menos un mes después de la muerte del hermano.

Durante el transcurso de ese tiempo, madre e hija habían evitado mirarse la una a la otra. Se dirigían las frases estrictamente necesarias. Como si de esa manera trataran de no despertarse, de mantenerse en un estado de engaño y sonambulismo. De todas maneras, el ambiente era tan tenso como el interior de un globo que se va inflando de helio con lentitud. Más y más helio. Hasta la explosión.

Estaban desayunando cuando sonó el teléfono. En cuanto reconoció la voz del abogado, la mamá acomodó su voz más lastimera.

—¿Inocente? ¿Cómo puede ser posible?! ¿Nadie tiene compasión por una familia que sufre? El asesino de mi hijo tiene que pagar... Haga algo, doctor. Tenga piedad de mí.

Toti venía soportando las mismas frases durante las últimas semanas y la paciencia no le daba para más. La madre colgó el teléfono y se encontró con la mirada de su hija. La muchacha no dijo ni una sola palabra, pero la madre leyó en sus ojos la verdad: «¿A quién pretendes engañar, mamá? A Nicolás lo mataste tú. Lo demás son patrañas».

La mujer lanzó con furia su taza contra la pared. Pudo haber abofeteado a Toti o haberle dicho el consabido: «Tienes la maldad por dentro; eres igualita a tu padre». Pero se limitó a gritarle:

—¡No quiero volver a verte en la vida!

¿Un castigo demasiado duro por una simple mirada? Toti nunca había visto a su madre tan decidida. Apenas

la vio irse, la joven se sintió intimidada en ese lugar que por primera vez hallaba ajeno y acusador; tomó su mochila, empacó la vieja gorra que había pertenecido a Nico, un par de mudas de ropa básica, y abandonó la casa.

12

2

El matarife



Ígor mide un metro con noventa centímetros, y esa sola característica es suficiente para llamar la atención en este país. Como su madre fue rusa (murió cuando era niño), Ígor heredó una piel blanquísima y unos rasgos finos e infantiles. En resumen, tiene el rostro de un bebé de propaganda de pañales en una inmensa y corpulenta humanidad. De su padre mestizo se ganó el cabello negro, lacio y espeso, y los ojos oscuros. Cuando conoció a Toti, acababa de cumplir dieciocho años.

13

Si hubiese tenido otra personalidad y otra familia, Ígor habría podido coleccionar corazones de quinceañeras. Pero este muchacho medio ruso y medio latino tenía una falta de entusiasmo que lo hacía lucir lento y tonto. Sus ojos negros eran grandes en tamaño y, lamentablemente, igual de enormes en su ausencia de expresión y brillo. Ojos de vaca pastando (porque cuando están a punto de matarlas, los ojos de las vacas se despiertan).

Nadie sabía bien hasta qué grado había cursado en el colegio. Lo cierto es que desde hacía varios años dedica-

ba todo su tiempo al matadero clandestino en su quinta, que estaba justo en el límite entre la ciudad y el campo.

En las tardes, los campesinos del sector dejaban sus reses en el potrero de Ígor. Apenas clareaba el día, el muchacho llevaba la primera vaca a uno de los corredores estrechos del establo. La pobre se veía nerviosa y sus ojos lerdos se abrían y desbordaban; no dejaba de mugir con angustia e intentaba escapar de aquella sala de espera al abismo.

14 Una mañana cualquiera, Ígor faenaba su primera vaca cuando sintió una mirada que le golpeaba la espalda. Volvió lentamente la cabeza (porque Ígor lo hacía todo con calma), y se encontró con una joven sentada en uno de los muros bajos; una joven que no lo miraba precisamente a él. Miraba la vaca que colgaba de una pata con la cabeza cerca al suelo y la garganta cortada. La joven miraba la sangre que chorreaba en una cascada aterradora y caía al piso de tierra formando un charco rojo y tembloroso.

Ígor se dijo que aquella chica tendría quince, dieciséis, diecisiete años. Vestía una camisa blanca, falda a cuadros, medias hasta más arriba de las rodillas y zapatos negros. Uniforme de colegio. Tenía el pelo castaño, largo y liso. La nariz pequeña y respingada. Y pecas. Sus mejillas tenían pecas. Se veía triste y al mismo tiempo impactada. Como si estuviese presenciando el martirio final de un santo o de alguien a quien hubiera conocido.

Ígor no supo qué más hacer, además de verla de reojo, y continuó con su trabajo. De cuando en cuando, observaba a la muchacha que miraba la muerte de las vacas y no se daba tiempo ni de parpadear.

Se trataba de Toti, a quien habían botado esa mañana temprano de su casa y no había sabido a dónde ir. Su mejor amiga estaba en el colegio a esa hora. Su padre, ni hablar. Seguramente sus familiares paternos la habrían recibido (la ética marca que no se puede tener a una sobrina deambulando por las calles). Pero entonces habrían aprovechado para reunirse y criticar a su madre y tendrían pretexto para hablar nuevamente del extraño asesinato de Nicolás. A la familia de su madre la conocía muy poco y, además, no habría sabido dónde encontrarla.

15

Sin estar muy consciente de lo que hacía, salió de su casa esa mañana y tomó el primer bus público que frenó junto a ella. Reconoció el camino; se bajó en la última parada cerca de su propio colegio y caminó un poco. Se encontró con el establo de Ígor y, sin pensarlo, fue en dirección de los mugidos que parecían llamarla.

No era la primera vez que Toti pasaba por ese lugar o veía al chico. Lo había visto muchas veces, siempre a las siete y veinte de la mañana en punto, cuando su bus escolar pasaba por allí e Ígor salía del establo. Grande y bello como era, con un delantal manchado de sangre, se dirigía al potrero.

Era el momento preferido del día para Luz Elena, la mejor amiga de María Josefa, que se paraba del asiento y se agarraba al dintel de la ventana del bus para ver mejor a ese muchacho. Toti la dejaba hacerse la tonta porque por supuesto que Luz podía deducir que se trataba de un simple matarife. Lo extraño era que alguien de sus características físicas, que no correspondían a las de

un campesino o de un asalariado local, se dedicara a ese oficio. Pero Luz Elena, cada vez que lo veía, entornaba los ojos soñadores y empezaba algún relato absurdo sobre, por ejemplo, la posibilidad de que ese chico pudiera ser un asesino en serie o un vampiro que no sabía cómo acabar con el amor asfixiante de tantas mujeres. Por eso decidía matarlas hasta que saliera toda su sangre enamorada. Las dos jóvenes terminaban riendo de tanta tontería.

16 Quién sabe qué energías universales hicieron que, aquel día cuando abandonó su casa, el primer bus que pasara por la calle llevara a Toti con Ígor. Por esa misma ruta transitaban cientos de buses y la muchacha pudo haberse bajado en mil paradas diferentes de la ciudad. Pero tomó justamente el bus que la guio hasta él. Quién sabe qué conjuro mágico la llevó a conocer a aquel ruso con quien su hermano se había agarrado a golpes —cosa que ella aún no sabía—; su hermano que había muerto jugando a la ruleta rusa con una pistola. Ruso era también el pescador con quien se había escapado su abuela hace años, abandonándolo todo, hecho sobre el que Toti se enteraría semanas después.

No por nada muchos aseguran que Dios se revela en las más sencillas casualidades.

Ese día, mientras Toti lo miraba, Ígor mató tres reses. Ataba una pata trasera del animal a una cadena. Luego, con fuerza descomunal, giraba una palanca y ponía en funcionamiento un sistema de poleas que dejaba a la res colgada del techo por la pata. Entonces le cortaba el cue-

llo. Cuando se había desangrado por completo, la abría por delante con un cuchillo de carnicero. Enseguida se desprendía del cuerpo inerte un impensable bulto de órganos, tripas y vísceras rojas, moradas y grises, que el muchacho ayudaba a caer pesadamente en una carretilla. Entre todo aquello, sobresalía el corazón brillante que daba aún los últimos latidos.

Un corte final en el cuello hacía que la cabeza de la vaca cayera al suelo como un balón absurdo. El matarife la lanzaba hacia una esquina, en donde los ojos abiertos del animal miraban con desasosiego a la nada.

Toti se sorprendió de que semejante escena no causara ninguna expresión en el rostro del verdugo, quien parecía hacer su trabajo mecánicamente.

Enseguida venía el turno del cuero. Ígor despellejaba la vaca con un cuchillo largo, delgado y puntiagudo. La piel se desprendía con facilidad. El muchacho jalaba sin mucho esfuerzo e iba dando cortes sutiles a una tela blanca que unía el cuero con la carne. Al final de este proceso, la res perdía cualquier vestigio de individualidad o vida, y se convertía en un bulto macizo.

A continuación, el matarife cortaba la res desnuda en partes grandes que se ponía en la espalda para transportarlas hacia unas carretillas. El peso del animal descuartizado le doblaba la espalda y lo hacía sudar copiosamente y ponerse rojo por el esfuerzo.

Al verlo, a Toti se le vino la idea de que las vacas eran pesadas como la vida. Sí. La vida pesa como una vaca. Como cien vacas. O como mil.

Luego de que el joven descargaba ruidosamente las partes de la res, era el turno de traer el siguiente animal.

Cuando terminó con la tercera vaca, le echó un vistazo a Toti. La chica seguía mirando hacia el espacio vacío en donde antes estuvieron las reses mientras se desangraban.

Ígor se dirigió a un cuarto cerca del establo para ducharse, como hacía siempre.

18 Regresó vestido con un *jean* y una camiseta limpios (más limpios de lo que acostumbraba). Echó un vistazo y creyó que la muchacha se había ido. Para ser francos, se sintió decepcionado. Un minuto después la encontró sentada sobre el piso, en una esquina del establo. La chica también había cambiado la dirección de su mirada. Lo miraba a él, a Ígor, con curiosidad, como si fuera un bicho cuya naturaleza desconocía por completo. El joven, es lógico, se sintió incómodo pero siguió con su rutina.

De diez a once de la mañana llegaron los campesinos. Ígor llevaba hasta sus camionetas las carretillas con las vacas destazadas, y ayudaba a cargarlas. Los clientes se veían agradecidos y trataban al chico con respeto. Además del dinero, las señoras le llevaban jarros de leche, frutas, panes o tortas caseras. Sonreían complacidas porque les gustaba cumplir su labor materna con ese muchacho de rostro de niño grande, tonto y hermoso. Ígor casi no hablaba. Mostraba su agradecimiento bajando el rostro. Así se comportaba normalmente, pero es posible que se hubiera hecho más tímido aún con la presencia de Toti.

Cuando no llegó nadie más, Ígor se acercó a un muro, tomó un marcador de su pantalón y aumentó el número de rayitas que se veían alineadas en grupos de cinco. Era el número de vacas que había faenado hasta la fecha desde que empezó con el oficio. Ese día, en presencia de Toti, aumentó tres.

Después de anotar las rayas, le dirigió una mirada más larga a la muchacha, que había cerrado los ojos e inclinado la cabeza hacia atrás para apoyarla contra la pared.

Otro chico le hubiera dirigido la palabra o por lo menos la habría echado de su propiedad para evitarse cualquier tipo de molestia. Pero se trataba de Ígor. Prefirió entrar a su casa a prepararse algo para el almuerzo porque era lo que le correspondía hacer en ese momento.

Regresó al establo a eso de las tres. No se lo decía a sí mismo, pero tenía la esperanza de encontrar todavía a la joven. Y fue eso lo que sucedió. Con una manguera, Ígor aseó el suelo ensangrentado con mucho más esmero que lo usual. Ella lo seguía con la mirada. En verdad no lo observaba a él sino al movimiento de su trabajo. Toti estaba concentrada en sus propios pensamientos y en nada más.

Hacía un mes exactamente de la muerte de Nicolás. Era más que comprensible que hubiese relacionado la ejecución de las vacas con ese suceso. Durante toda la mañana, observando al matarife, se preguntó, entre otras cosas, si en el microinstante cuando Nicolás se dio cuenta de que estaba muriendo, sus ojos oscuros habrían lu-

cido de la misma terrible manera en que se veían los ojos de las reses. Al final reconoció que era muy posible que, en lugar de aterrarse, Nico hubiese esbozado una sonrisa satisfecha.

20 Hacía un mes de la muerte de su hermano y recién en ese momento lo asumía como la realidad imponente que era. «Toti, tu hermano está muerto». Muerto. Muerto. El día cuando se lo dijeron y los siguientes, se lo repitió miles de veces. No lo entendía. No le parecía verdad sino un castigo atroz, pero pasajero. Muerto. Le parecía que en cualquier momento se abriría la puerta de la casa y escucharían las llaves tintineando en su mano. Entonces seguirían iguales sus ojos rasgados, su cabello negro de puercoespín, su boca grande y aquella sonrisa de medio lado que hacía lucir tan lindo a su hermano. Muerte era una palabra definitiva, incomprensible. Muerte. Muerto. Nunca. Infinitamente nunca.

Ni siquiera cuando vio el ataúd, Toti lo pudo aceptar en la mente. Sería porque no vio a Nico sin vida. La caja estaba cerrada. Al parecer su rostro había quedado desfigurado por el disparo. Solo la madre pudo verlo en la morgue.

Debido a esa sensación de irrealidad, Toti no lloró a su hermano. Un mes y todavía no lloraba. Tampoco su madre lo había hecho; estuvo un mes ocupada en los detalles, el velorio, los papeles, el supuesto asesinato... Y no lo había llorado tampoco. Seguramente, como Toti, se negaba a aceptar.

No se puede decir que Nicolás y Toti hayan sido los mejores amigos. Nada de eso. Él era el hermano mayor y en esa familia nunca hubo padre. Entonces es fácil saber el tipo de relación que llevaban. Además, ya conocemos algo del temperamento de Toti. Y hay que agregar que, desde chico, Nicolás se esmeró por complacer a su mamá y hacerle liviana la existencia. No hay que explicar más.

De cualquier manera, la muchacha sentía que su hermano y ella habían estado siempre en el mismo barco. Él y ella. Con la misma madre y la misma historia. Ahora se había quedado náufraga. Se dio cuenta a cabalidad de ello en ese establo que olía a la podredumbre de la muerte, a pesar de lo bien que ese bobo bello se esmeraba en limpiar. Allí sintió que su pecho era abierto por un cuchillo. Corazón enorme de vaca que latía tan potente y que era herido por mil cuchillos de matarife.

21



Al caer la tarde, Ígor se sintió angustiado por no saber qué hacer con la muchacha que seguía en su establo. Se le ocurrió freír un pedazo de carne, casi chamuscada como le gustaba a él, y abrir un paquete gigante de papas fritas. Puso todo en un plato y se dirigió hacia el establo. Caminaba unos pasos y se detenía con duda. Luego volvía a darse ánimos y avanzaba un poco más, solo para detenerse y considerar nuevamente su decisión. Al final se dio valor para acercarse y puso el plato junto a la muchacha. Toti estaba tan desconcertada que ni siquiera le dio las gracias. Se quedó mirando los alimentos hasta que Ígor dio media vuelta con rapidez y se fue.

El primer vistazo a la comida le había provocado náuseas. Era de esperarse. Observar cómo matan las vacas y las descuartizan, y luego quedarse todo el día en el mismo lugar que huele a sangre podrida y estiércol, no es el mejor aperitivo para una cena que consta de un enorme trozo de carne. Pero a María Josefa no le gusta ser grosera. Es infernalmente honesta. Pero descortés con la gente buena, nunca. Abrió su mochila, sacó una bolsa de plástico y deslizó allí la cena.

Oscureció e hizo frío. Toti no tenía ánimos ni siquiera para buscar una chompa entre sus cosas. Desde la entrada del establo, vio las luces de los postes de la carretera y de los pequeños edificios lugareños. Cerca, alguien escuchaba el noticiero de la noche en la televisión, el mismo que veía su madre luego de cenar. Algunos perros ladraban. Un maullido. Varios maullidos. La noche provocó aún más desolación en el ánimo de Toti.

Entonces pensó algo que no había considerado en todo el día. Se preguntó si a ella misma le gustaría morir. Llegó a la conclusión de que en ese momento sí, que debería colgarse de una de esas gruesas cadenas que el matarife usaba para las reses, y que su madre debería verla ahí con sus ojos sin vida para que se arrepintiera de haberle dicho lo que le dijo y de haber empujado a Nico a hacer lo que hizo. Pero tendría que salir a buscar una silla y encontrar un modo de ajustar la cadena a su cuello. Y lo cierto era que no tenía fuerzas ni para dejar de vivir.

También hizo algo que no había hecho durante el día: se soltó a llorar. Fue el llanto desbordante que tenía pendiente. Lloró tanto que le dolió la cabeza y la sintió pesada. Cerró los ojos y se recostó contra la pared. Después de un momento, alguien le puso encima una cobija.

El segundo día de Toti en el establo fue casi una repetición del primero. En el tercero, la muchacha por fin prendió su teléfono celular. Veintiséis mensajes de Luz Elena. Ninguno de su madre. Llamó a su amiga. Le contó lo ocurrido con su mamá. Mintió sobre lo que había

hecho después. Le dijo que estaba donde una tía. Luz lo dudó porque sabía que Toti no se tragaba a los engreídos de la familia de su padre. Pero no hizo preguntas. Toti le explicó que necesitaba tiempo para pensar en lo que haría respecto a su vida.

Luz, claro, le dijo que podía quedarse en su casa, pero a Toti no le gustaba molestar y además no soportaba a la madre de su amiga. Ni ella soportaba a Toti. Sería tal vez porque la muchacha no podía evitar lanzarle sus miradas acusadoras. Y, a través de esas miradas, la señora adivinaba que esa chica no aprobaba la manera en que manejaba la vida de su hija.

Para empezar, la mamá de Luz Elena pretendía que su hija se convirtiera en neurocirujana. Nada menos y nada más. Le importaba ocho cuartos que la muchacha sudara frío apenas veía una calavera o que se desmayara en cuanto le sacaban una pinta de sangre.

Por si fuera poco, a la señora le parecía que se vería muy bonito que una neurocirujana tocara el violín en sus horas libres. Entonces, desde los cinco años, Luz asistía ocho horas semanales al conservatorio. La caja con el violín era parte de ella; algo así como una muleta. Y no es que Luz odiara tocar el violín. Casi le gustaba, pero hubiese preferido hacer otras cosas. Le encantan los niños pequeños (Toti los detesta. O los detestaba hasta que nació Nikola, quien todavía no aparece en esta historia) y habría querido soñar con ser profesora de kínder. Pero eso, a su madre, que es enfermera, le parecería un escupitajo en la cara.